

LA PALETA DEL PINTOR

José Louis Iparraguirre



La paleta del pintor

Jose Louis Iparraguirre

Primera edición: septiembre de 2025

© Copyright de la obra: José Louis Iparraguirre

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-990771-2-4

Código ISBN digital: 979-13-990771-3-1

Depósito legal: B 14980-2025

Corrección: Teresa Ponce Giménez

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Imagen de portada: Johan Zoffany (Creative Commons)

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneeditions.com

info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

«On dirait qu'en art le temps n'existe pas. Ce qui m'intéresse, comprenez-vous, c'est la décomposition, la transformation de ces œuvres, leur vie la plus profonde, qui est fait de la mort des hommes. Toute œuvre d'art, en somme, tend à devenir mythe».

La Voie Royale, André Malraux

Capítulo 1

Sábado a la mañana. Temperatura agradable. Una brisa leve acaricia el lago, sin despertarlo. Un hombre rema plácidamente. Piensa que hay pocas cosas mejores que compartir un sábado por la mañana de temperatura agradable en un bote con su nieto. Suena la introducción de *El muerto vivo* con ese piano rumbero de Peret alterándolo todo. Es el tono de llamada de su teléfono móvil.

—Hola, Juan José. Disculpa que te moleste, pero llamaron desde Londres. De la Dirección de la Colección Real. Te necesitan.

—¿Me necesitan? Pásame el número, que mañana llamo.

—Dijeron que es urgente.

«Urgente», había enfatizado su hermana. La palabra le sonó a vendaval inoportuno, a una tinta peligrosa capaz de desteñir el verde del lago Eib.

—¿Cuatro-nueve-tres?

—Sí. Seis-cuatro-nueve-tres.

—Mañana llamo.

—Era una mujer.

—Vale. Mañana la llamo.

—Mira que dijo que es urgente.

—Ya sé, ya lo dijiste. Hablamos esta noche a las nueve, como quedamos. Un beso.

Diez minutos antes, Juan José Maidana había alquilado el bote para él y su nieto. Florián había elegido, como regalo por su decimoquinto cumpleaños, el pasar junto a su abuelo una semana los dos solos, en Garmisch-Partenkirchen, en el corazón de los Alpes de Bavaria. No se

veían desde el octubre anterior cuando Juan José había visitado a su hija, Nuria, en Suiza.

—Chao. Besos a Florián.

—Él también te manda cariños. Chao, hermanita.

Juan José voló hasta el aeropuerto de Múnich el jueves, desde donde fue directamente al hotel en un coche de alquiler. Al día siguiente, Nuria llevó a su hijo hasta la estación de trenes de Zúrich; desde allí, Florián partió hacia Buchloe. Treinta minutos después otro tren lo dejó en destino. Al otro lado de las barreras tarifarias lo estaba esperando su abuelo.

Hacía veinte años que, en su viaje de fin de curso por Suiza y Alemania, Nuria Maidana había conocido a Herbert Schubert, un analista de mercados a futuro, grandote y bonachón, nueve años mayor que ella. A los pocos meses estaban viviendo juntos en la que había sido la casa de los padres de Herbert, en el casco histórico de Fällanden, a las afueras de Zúrich. Cinco años después nació Florián.

Se acercaba la cuarta navidad que iban a pasar los tres en familia. Esa mañana como todas, Herbert besó a Nuria y a su hijo y salió muy temprano rumbo a su oficina en su Škoda. Lo recibió la neblina que, densa e infalible, asciende cada diciembre desde el lago Greifen. Una vaca absurda cruza por el medio de la Höglerstrasse, cerca de la iglesia de Wil. El Škoda se estrella. Muerte en el acto. O dos, si sumamos a la vaca. Nuria siempre sintió que sus raíces estaban en Madrid, pero por Florián decidió quedarse en Suiza.

El reencuentro entre Florián y su abuelo fue tan cariñoso como siempre. Nuria era su única hija, y la llegada de Florián le había traído una alegría que hacía mucho que no había sentido. Un cáncer se había llevado a su esposa poco antes de que Florián naciera. Su hermana —su

querida «hermanita»—, también viuda, pero sin hijos, se había mudado con él desde entonces.

Para Florián, su abuelo era un verdadero héroe, pero no como esos que se encuentran en las novelas o las películas, sino uno de carne y hueso. Conocía muchas de las historias en las que había participado ese investigador mundialmente famoso experto en robos de obras de arte —el de *La peluquera* de Picasso, el del señalador de oro de Hitler, la famosa carta de Colón al rey— o intentos de robo —como la operación Bambú, que desbarató el atraco a la sala china del palacio de Fontainebleu— a quien él llamaba abuelo.

A la mañana siguiente del reencuentro, habían salido bien temprano del hotel rumbo al lago. Estaban dispuestos a aprovechar cada minuto de esos pocos días que iban a pasar juntos. Todavía tenían vivo en sus paladares el sabor de las salchichas blancas con mostaza del desayuno cuando charlaban acerca del *tour* guiado que iban a empezar al día siguiente desde la cabaña Höllentalangerhütte, donde iban a pernoctar, para alcanzar el miércoles la cima del Zugspitze.

El domingo fueron al aparcamiento de Hammersbach, desde donde empezarían el ascenso a la cabaña, atravesando el bosque y los doce túneles del desfiladero. Estaba cayendo la tarde en la cabaña Höllentalangerhütte, de un club alpino alemán. Juan José presentó su tarjeta de socio. Poco después de que se casara, había recibido la condición de miembro honorario de manos del presidente, en agradecimiento por haber resuelto el caso del cuadro de Pierre Bonnard. Gracias a Juan José, ese cuadro fue restituido por segunda vez a sus dueños legítimos, la familia Bonnard, principales benefactores del club. Durante la Segunda Guerra Mundial, el cuadro había sufrido un primer expolio cuando los Nazis irrumpieron en la

residencia del abuelo del presidente del club. Cuarenta años después había vuelto a desaparecer, esta vez de un museo. Juan José nunca iba a olvidar cuando su jefe le dijo:

—Maidana.

—¿Sí, inspector?

—Encárguese de este caso.

—¿El robo de un cuadro? —dijo asombrado al ver la carátula.

—Así es. Parece que se trata de una obra valiosa.

Una pista llevó al joven agente Maidana a Turín, donde encontró la obra y su vocación. Desde entonces, y por los siguientes treinta años, se dedicó a resolver robos de obras de arte.

Había decidido dar por concluida su carrera durante la pandemia, sin discursos ni condecoraciones. Sin alharaca. Cuando cumplió cincuenta y cinco, se acogió a un retiro voluntario, como si fuera un empleado público de carrera cualquiera y no el «Hércules Poirot de las obras de arte», como lo había apodado parte de la prensa internacional. Desde entonces, pasaba sus días cuidando con su hermana del jardín de la casa familiar en Villaviciosa de Odón, en Madrid, colaborando con un grupo misionero en la iglesia de Santiago Apóstol a pocas manzanas de la vivienda, y yendo al complejo acuático deportivo municipal, donde nadaba una hora sin parar dos veces por semana. Desde que lo habían nombrado miembro del club alpino, Juan José se había apuntado a los cursos de la Escuela Madrileña de Alta Montaña en Guadarrama, así como otros en los Pirineos y, cuando podía, escalaba picos de exigencia media en Alemania y en el Tirol italiano. No echaba de menos el trabajo que lo había llevado por los cinco continentes. Pero el mundo del arte sí lo extrañaba.

Junto con su carné de socio, Juan José mostró las bolsas de residuos y los sacos de dormir, obligatorios para alojarse en la cabaña. Abuelo y nieto firmaron el libro de visitas. Cenaron dos menús de montañista. A las nueve, Juan José llamó a su hermana. Luego a Nuria. Le pasó el teléfono a Florián, quien le describió a su madre lo que habían hecho ese día. No le mencionó la llamada que el abuelo había recibido cuando estaban en el lago. No había reparado en esa breve conversación entre su abuelo y su tía abuela. Pero Juan José no se había olvidado de que a la mañana siguiente iba a telefonar a Londres. «¿Para qué me querrán allí?», se había estado preguntando todo el día. Y eso mismo le daba vueltas en la cabeza, impidiéndole concentrarse en la novela negra que había traído para ayudarle a conciliar el sueño cada noche.

Al día siguiente, el ascenso los iba a llevar a atravesar el glaciar Höllentalferner. No faltaba mucho para que terminara el verano, con lo que la rimaya en la parte superior del glaciar estaba abierta. Para atravesarla, se deberían aferrar a las clavijas, cadenas y tirolinas de la vía ferrata. Pese a ello, a Juan José no le inquietaba la excusión que tenían él y su nieto por delante. Se mantenía en buena forma gracias a sus visitas semanales a la piscina y una dieta juiciosa. Todavía podría resultarle atractivo a más de una mujer, aunque no pensaba en comenzar una nueva relación.

Desayunaron en una de las mesas al aire libre al frente de la cabaña. El cielo estaba despejado. Juan José había querido adelantarle a Florián las explicaciones que iban a recibir del guía sobre lo que se encontrarían en el trayecto y las medidas de seguridad que necesitarían tomar, pero su nieto ya lo sabía todo, pues había aprendido la teoría en vídeos por internet; era la práctica lo que lo desvelaba.

—Tengo que hacer una llamada y vuelvo enseguida —le dijo Juan José a su nieto.

Se levantó, entró a la cabaña y marcó el número que su hermana le había pasado el día anterior.

—Estoy de acuerdo con el importe por mis honorarios y el tope para gastos, pero solamente aceptaré ir si puede acompañarme Florián, mi nieto, mi asistente —dijo con firmeza.

Juan José era consciente de que Florián había elegido de regalo de cumpleaños el pasar una semana los dos solos, y no quería que la llamada de Londres alterara los planes.

—No veo ningún inconveniente. Sus servicios son primordiales para nuestro país. El caso es un asunto de Estado —respondió la directora de la colección de arte de la familia real británica. Cuando tenga el número de vuelo, puede enviármelo para que un chófer los recoja en el aeropuerto.

—Muchas gracias, pero no hará falta —dijo Juan José. Iremos en transporte público. Mi nieto nunca estuvo en Inglaterra, pero siempre habla del metro londinense, del *tube*, como le gusta decir.

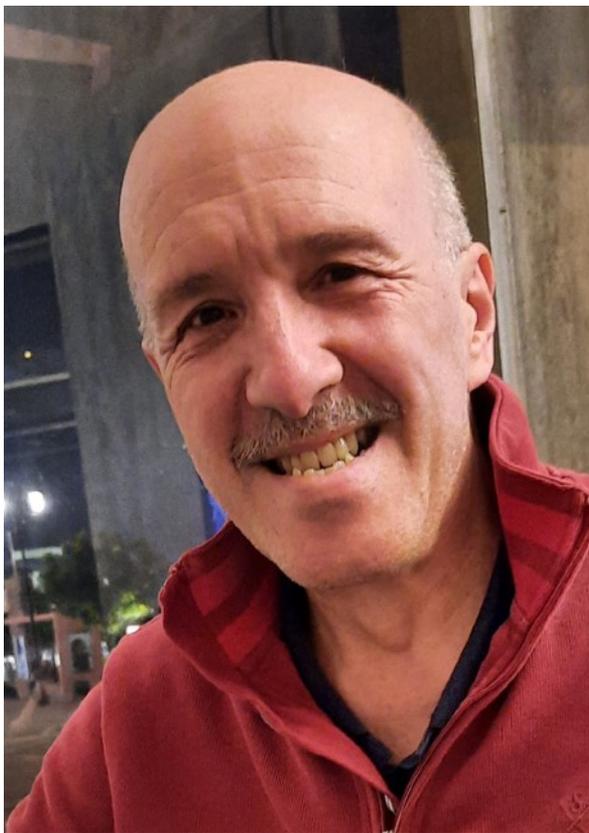
Juan José regresó a la mesa tras los saludos de rigor. Florián había imaginado desde hacía varias semanas el ascenso. Creía que cruzar un glaciar y alcanzar el pico más alto de Alemania iba a ser lo más apasionante que le podría ocurrir no solamente en esos días que iba a pasar con su abuelo sino en el año. No podía prever que su abuelo le fuera a preguntar:

—¿Qué te parece si vamos juntos a Londres?

—¿Londres? ¡Estupendo! ¿Cuándo?

—Vayamos a la habitación y busquemos nuestras cosas. El Zugspitze va a tener que esperarnos. Partimos ya mismo.

Acerca del autor



Tras el éxito alcanzado con su ópera prima *Tiempo de restitución*, José Louis Iparraguirre (Buenos Aires, Argentina, 1963) regresa al mundo literario con su nueva novela *La paleta del pintor*.

Profesor titular de Economía y Estadística en la Universidad Alemana Internacional de Ciencias Aplicadas en El Cairo, Egipto, tiene un doctorado, cinco maestrías y tres diplomas de posgrado.

Fiel a su estilo literario, llevará de la mano al lector por un nuevo paseo por la historia.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

